

LA TRANSICION.,LA IZQUIERDA Y LA CORONA.

Jordi Solé Tura

Últimamente estamos hablando mucho de la transición a la democracia en nuestro país y es bueno que lo hagamos. No estoy seguro, sin embargo, de que la discusión actual nos lleve a una comprensión exacta de lo que ocurrió. La excelente serie de TVE, por ejemplo, es un documento de gran valía, pero se ve a las claras que contó con mucho más material de la España oficial que de la España de la oposición clandestina y en varios momentos esto desfigura la explicación de los hechos.

Esto se nota todavía más en el interesante libro sobre Torcuato Fernández Miranda -- y digo sobre Fernández Miranda y no sobre sus relaciones con el Rey porque creo que el libro está concebido sobre todo como una biografía puntual del primero. Cuando uno termina de leerlo llega a la conclusión de que la transición fué una operación de gabinete entre unas cuantas personas, que incluso se permitieron el lujo de escoger peones que consideraban mediocres para desarrollar su alta estrategia de cenáculo. No niego los méritos de nadie, ni menoscabo lo que cada uno pudo aportar, pero me falta en todo esto un auténtico análisis de lo que realmente ocurrió, de los grandes éxitos obtenidos y de las contradicciones mal resueltas o no resueltas del todo.

Una transición como la nuestra -- y como la mayoría de las que hemos vivido después -- no fué una revolución sino una reforma, una gran reforma. Y como enseña la experiencia, el éxito de las grandes reformas se basa en la combinación de tres elementos: una presión social que impide la continuidad del sistema anterior, un entendimiento entre los reformistas de la oposición y los reformistas del propio sistema que termina para aislar a los partidarios del continuismo y un elemento o un conjunto de elementos -- una institución, una persona o un grupo -- que aseguren la estabilidad del proceso de cambio.

Esto es así porque la reforma se inicia a partir de un sistema que se acaba pero que no desaparece de golpe. Por consiguiente, toda transición arrastra durante bastante tiempo el peso de los aparatos y las instituciones del régimen anterior -- e incluso de su personal -- que el nuevo sistema hereda casi íntegramente. Esto hace que durante un tiempo - que puede ser bastante largo - lo nuevo y lo viejo convivan en un mismo escenario, se superpongan y, según como se hagan las cosas, se enquisten en una contradicción muy peliaguda.

Dicho esto, hay que agregar que cada transición es diferente porque depende de lo específico de cada país. Y lo específico del nuestro era una historia de siglos en la que la democracia nunca había conseguido implantarse de manera duradera, en la que cada intento de institucionalizar la democracia tenía que empezar derribando la dinastía reinante o la propia monarquía, y en la que todos los intentos habían terminado de la misma manera: con un golpe militar y con el establecimiento de un régimen autoritario o dictatorial, cuya expresión máxima fué el franquismo.

Este era el trasfondo de nuestra transición. Por eso cuando la iniciamos nuestro empeño principal tenía que consistir en comprender con toda exactitud cuáles habían sido las causas históricas de estas derrotas sucesivas

2

de la democracia, cuáles habían sido los factores que habían impedido su consolidación y su duración. O sea, comprender por qué la democracia siempre había sido derrotada en España, para impedir que esto volviese a ocurrir.

Si uno lee con atención nuestra Constitución verá que toda ella está llena de reflexiones sobre nuestro pasado y, por consiguiente, de propuestas para solucionar los grandes problemas que nos habían llevado de catástrofe en catástrofe: la cuestión del régimen -- monarquía o república --, el papel de las Fuerzas Armadas, la relación entre el Estado y la Iglesia, la identidad de España, de las nacionalidades y de las regiones, la definición y la garantía de los derechos individuales y colectivos, la estabilidad y el equilibrio de los poderes. Ahí está el meollo de la Constitución.

Desde esta perspectiva, creo que algunas de las cosas que se están diciendo estos días no son exactas. Hasta ahora se nos ha explicado bastante bien lo que podríamos llamar el pacto entre la Corona y la derecha reformista para aislar a los inmovilistas del régimen franquista. Pero creo que lo más importante de nuestra transición no fué el pacto de la Corona con la derecha reformista, sino el pacto de la Corona con la izquierda.

En 1977 la gran mayoría de la izquierda seguía siendo republicana y desconfiaba de una Corona que salía directamente del franquismo. No era una simple divisoria coyuntural sino que surgía de una gran fractura histórica, de muchos de años de luchas con banderas y con himnos diferentes. La izquierda era antimonárquica porque nunca había podido conseguir ninguna de sus reivindicaciones bajo la monarquía, siempre había chocado con ésta y siempre había tenido que empezar derribándola para obtenerlas.

Al iniciarse la transición, la Corona sabía, pues, que o se entendía con la izquierda o quedaba en manos de la derecha franquista y se vería obligada a continuar el franquismo, con el peligro de ser engullida con los restos de éste al cabo de un tiempo. Y la izquierda sabía que aunque Franco había muerto los aparatos del franquismo estaban intactos y que no habría victoria posible para la democracia si no se aislaba a los sectores más inmovilistas y sino se agrupaban todos los partidarios de un cambio, aunque no todos tuviesen la misma concepción del mismo. Y tampoco sería posible la victoria, o sería en todo caso muy penosa, sino se contaba con alguien o con algo que pudiese controlar a los extremistas civiles y sobre todo militares del régimen anterior y que, por consiguiente, asegurase la estabilidad del cambio. Este alguien o este algo sólo podía ser la Corona.

Este pacto necesario fué posible no sólo porque la izquierda aceptó la monarquía, terminando con la vieja confrontación entre monarquía y república, sino también porque la monarquía aceptó todas las grandes reivindicaciones de la izquierda, que antes sólo se habían podido conseguir, de manera precaria, derribando primero a la monarquía e instaurando después la república. Estas dos condiciones se dieron, están todas ellas en la Constitución de 1977 y por ello ésta es la expresión del gran pacto histórico. Creo que es un ejemplo muy claro de lo que fué realmente la transición y de la altura de miras de sus protagonistas principales. Y también un ejemplo de cómo la izquierda supo luchar por sus grandes reivindicaciones conectando con el sentir ampliamente mayoritario de la población.

Esta es una expresión concreta de lo que he dicho sobre la orientación de las actuales discusiones o informaciones en torno a la transición. Hay otras

,no menos decisivas,como por ejemplo, la de la herencia de los aparatos del franquismo.Ya sé que hoy es difícil insistir en esto porque estamos presos de una actualidad que nos engulle y cuando uno saca el tema en seguida saltan los que dicen:"Ya tenemos a éste hablando de las herencias del pasado para justificar los líos del presente." Pero la verdad es que no se puede hacer política en serio en nuestro país sin entrar a fondo en este problema.

Un mínimo de sentido común nos debería llevar a todos a un debate sereno sobre lo que de verdad se ha hecho y lo que no y sobre el porqué de todo ello. Del mismo modo que hay que polemizar contra las versiones unilaterales de la transición, pensadas más en función del presente que de la explicación real de lo que ocurrió, también hay que combatir la tendencia a utilizar las contradicciones o los problemas mal resueltos del pasado como armas arrojadas en las batallas político-electorales del presente. Si no somos rigurosos en el análisis y en la explicación, algunos fantasmas del pasado reaparecerán y los ciudadanos y las ciudadanas no sabrán distinguir entre ellos y los demócratas. Y cuando esto ocurra, la transición recibirá un duro golpe porque perderá credibilidad y no se entenderá su sentido.

De:
JORDI SOLÉ TURA
c/ Pedró de la Creu, 21, at.1ª
08034.BARCELONA
Tel.-Fax : (93) 280.35.45

A: Hermann Trestch ,
El PAÍS . OPINIOY

Dia: 28 octubre 95

Observ.: Te mando un artículo
sobre uno de los grandes problemas
de la transición. Espero que
sirva para alguna cosa ,
en medio de este follóy .

Un abrazo

Cont. (kg)	15	100
Indice (kg)	15	100
Temperatura	33	
Modo	NORM	
Pag.	4	
Regulador	Control	

La transición, la izquierda y la Corona

JORDI SOLÉ TURA

Últimamente estamos hablando mucho de la transición a la democracia en nuestro país y es bueno que lo hagamos. No estoy seguro, sin embargo, de que la discusión actual nos lleve a una comprensión exacta de lo que ocurrió. La excelente serie de Televisión Española, por ejemplo, es un documento de gran valía, pero se ve a las claras que contó con mucho más material de la España oficial que de la España de la oposición clandestina, y en varios momentos esto desfigura la explicación de los hechos.

Esto se nota todavía más en el interesante libro sobre Torcuato Fernández-Miranda —y digo sobre Fernández-Miranda y no sobre sus relaciones con el Rey porque creo que el libro está concebido sobre todo como una biografía puntual del primero—. Cuando uno termina de leerlo llega a la conclusión de que la transición fue una operación de gabinete entre unas cuantas personas, que incluso se permitieron el lujo de escoger peones que consideraban mediocres para desarrollar su alta estrategia de cenáculo. No niego los méritos de nadie, ni menoscabo lo que cada uno pudo aportar, pero me falta en todo esto un auténtico análisis de lo que realmente ocurrió, de los grandes éxitos obtenidos y de las contradicciones mal resueltas o no resueltas del todo.

Una transición como la nuestra —y como la mayoría de las que hemos vivido después— no fue una revolución, sino una reforma, una gran reforma. Y como enseña la experiencia, el éxito de las grandes reformas se basa en la combinación de los tres elementos: una presión social que impide la continuidad del sistema anterior, un entendimiento entre los reformistas de la oposición y los reformistas del propio sistema que termina para aislar a los partidarios del continuismo y un elemento o un conjunto de elementos —una institución, una persona o un grupo— que aseguren la estabilidad del proceso de cambio. Esto es así porque la reforma se inicia a partir de un sistema que se acaba, pero que no desaparece de golpe. Por consiguiente, toda transición arrastra durante bastante tiempo el peso de los aparatos y las instituciones del régimen anterior —e incluso de su personal— que el nuevo sistema hereda casi íntegramente.

te. Esto hace que durante un tiempo —que puede ser bastante largo— lo nuevo y lo viejo convivan en un mismo escenario, se superpongan y, según como se hagan las cosas, se enquisten en una contradicción muy peliaguda.

Dicho esto, hay que agregar que cada transición es diferente porque depende de lo específico de cada país. Y lo específico del nuestro era una historia de siglos en la que la democracia nunca había conseguido implantarse de manera duradera, en la que cada intento de institucionalizar la democracia tenía que empezar derribando la dinastía reinante o la propia monarquía, y en la que todos los intentos habían terminado de la misma manera: con un golpe militar y con el estable-

cimiento de un régimen autoritario o dictatorial, cuya expresión máxima fue el franquismo.

Este era el trasfondo de nuestra transición. Por eso cuando la iniciamos nuestro empeño principal tenía que consistir en comprender con toda exactitud cuáles habían sido las causas históricas de estas derrotas sucesivas de la democracia, cuáles habían sido los factores que habían impedido su consolidación y su duración. O sea, comprender por qué la democracia había sido derrotada en España, para impedir que esto volviese a ocurrir.

Si uno lee con atención nuestra Constitución verá que toda ella está llena de reflexiones sobre nuestro pasado y, por consiguiente, de propuestas para solucionar los grandes problemas

que nos habían llevado de catástrofe en catástrofe: la cuestión del régimen —monarquía o república—, el papel de las Fuerzas Armadas, la relación entre el Estado y la Iglesia, la identidad de España, de las nacionalidades y de las regiones, la definición y la garantía de los derechos individuales y colectivos, la estabilidad y el equilibrio de los poderes. Ahí está el meollo de la Constitución.

Desde esta perspectiva, creo que algunas de las cosas que se están diciendo estos días no son exactas. Hasta ahora se nos ha explicado bastante bien lo que podríamos llamar el pacto entre la Corona y la derecha reformista para aislar a los inmovilistas del régimen franquista. Pero creo que lo más importante de nuestra transición no fue el pacto de

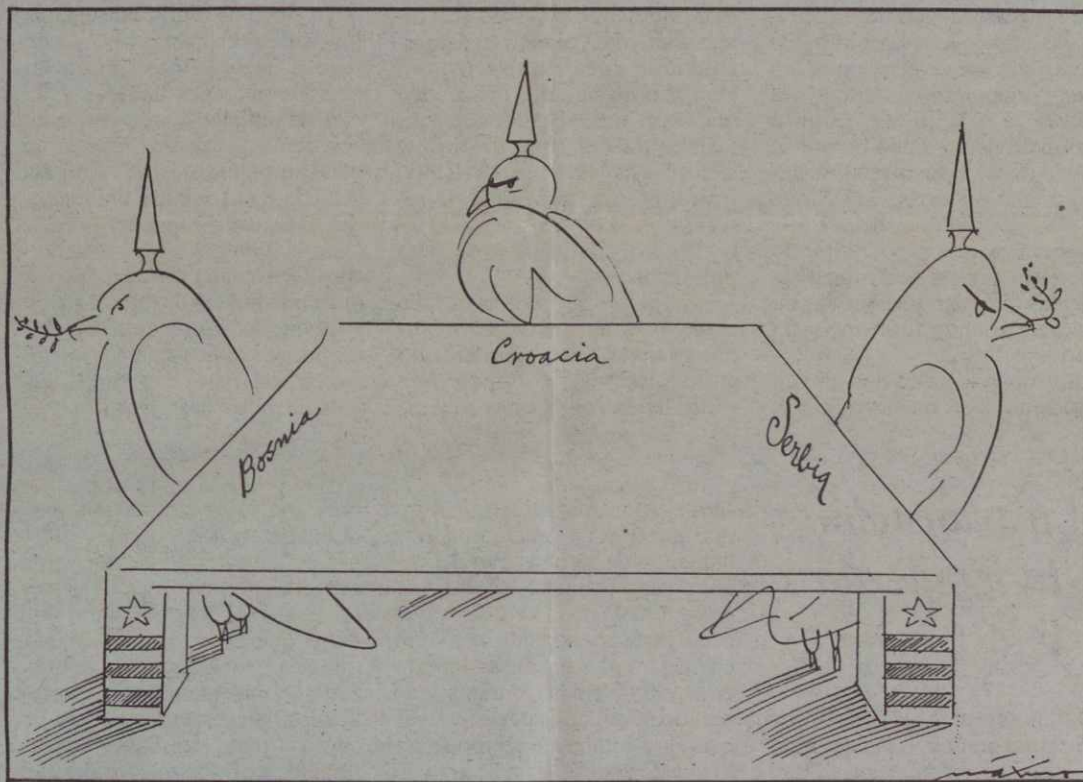
la Corona con la derecha reformista, sino el pacto de la Corona con la izquierda. En 1977 la gran mayoría de la izquierda seguía siendo republicana y desconfiaba de una Corona que salía directamente del franquismo. No era una simple divisoria coyuntural, sino que surgía de una gran fractura histórica, de muchos años de luchas con banderas y con himnos diferentes. La izquierda era antimonárquica porque nunca había podido conseguir ninguna de sus reivindicaciones bajo la monarquía, siempre había chocado con ésta y siempre había tenido que empezar derribándola para obtenerlas.

Al iniciarse la transición, la Corona sabía, pues, que o se entendía con la izquierda o quedaba en manos de la derecha franquista y se vería obligada a continuar el franquismo, con el peligro de ser engullida con los restos de éste al cabo de un tiempo. Y la izquierda sabía que, aunque Franco había muerto, los aparatos del franquismo estaban intactos y que no habría victoria posible para la democracia si no se aislaba a los sectores más inmovilistas y si no se agrupaban todos los partidarios de un cambio, aunque no todos tuviesen la misma concepción del mismo. Y tampoco sería posible la victoria, o sería en todo caso muy penosa, si no se contaba con alguien o con algo que pudiese controlar a los extremistas civiles y, sobre todo, militares del régimen anterior y que, por consiguiente, asegurase la estabilidad del cambio. Este alguien o este algo sólo podía ser la Corona.

Este pacto necesario fue posible no sólo porque la izquierda aceptó la monarquía, terminando con la vieja confrontación entre monarquía y república, sino también porque la monarquía aceptó todas las grandes reivindicaciones de la izquierda, que antes sólo se habían podido conseguir, de manera precaria, derribando primero a la monarquía e instaurando después la república. Estas dos condiciones se dieron, están todas ellas en la Constitución de 1977 y por ello ésta es la expresión del gran pacto histórico. Creo que es un ejemplo muy claro de lo que fue realmente la transición y de la altura de miras de sus protagonistas principales. Y también un ejemplo de cómo

Pasa a la página siguiente

MÁXIMO



CARTAS AL DIRECTOR

Políticamente correcto

Atendiendo al debate sobre lo "políticamente correcto", me gustaría añadir que, según mis investigaciones, la nueva forma de sintetizar los hechos del mundo no responde a ninguna "mordaza para la libertad de expresión", sino al deseo de una parte de la humanidad de que las cosas sean nombradas de otro modo, porque la síntesis de la misma que muchos y muchas hacemos no coincide con la síntesis que otros hacen. Otro asunto es ya el acierto o desacuerdo del hallazgo nominal o la frivolidad del cambio: "un folleto rojo" por "un folleto carmesí".

De hecho, durante 30 siglos —o los que sean— los encargados de la transmisión del conocimiento oficial o *pensamiento único* no han admitido otra manera de denominación e incluso castigaban con la muerte física

Los textos destinados a esta sección no deben exceder de 30 líneas mecanografiadas. Es imprescindible que estén firmados, y que en ellos quede constancia del domicilio, teléfono y número de DNI o pasaporte de sus autores. EL PAÍS se reserva el derecho de publicar tales colaboraciones, así como de resumirlas o extraerlas cuando lo considere oportuno. No se devolverán los originales no solicitados, ni se facilitará información postal o telefónica sobre ellos.

o espiritual a quien lo intentara. Nada de eso pretendemos quienes defendemos la elaboración de otro nuevo y democrático sistema conceptual, respetuoso con todo el mundo. Lo siento por los que no están de acuerdo, pero tenemos derecho a comprobar si funciona durante 30 siglos más. Pero ello no es

obstáculo para que quien quiera utilizar "black" en lugar de "afroamericano" lo haga con todo el derecho y entusiasmo que le permite la democracia. Hay quien opina —y con él muchos libros de historia— que Enrique VIII fue un gran estadista, y veneran incluso su figura. Pero permítasenos discrepar del sentido de "gran estadista" aplicado a ese caso y cambiarlo por "terrorista de Estado". ¿Cuál de las dos acepciones es el eufemismo? Por lo menos actualmente y en el futuro —espero— podremos contar con una variante del *pensamiento único*, y eso ya es mucho. ¿No les parece? —Lola Montes Amuriza. Barcelona.

Aznar y el IRPF

En la prensa de hace unos días se publicaron unas declaraciones del señor Aznar prometien-

do rebajar el tope del IRPF del 56% al 40% si gana las elecciones. A pesar de que ha hablado muy poco de su programa, de vez en cuando nos va diciendo algo de lo que piensa hacer. Mucho me temo que va a quedar en promesas por aquello que dicen que "predicar no es dar trigo".

El ejemplo de lo que temo lo tenemos en Francia, donde el señor Chirac también había prometido menos impuestos y más empleo, y ahora tienen más presión fiscal sin que el desempleo baje. Además existe el escándalo de su primer ministro, Juppé, cuando también había dicho que barrería la corrupción. Curiosamente, el señor Chirac preside un Gobierno de derechas.

Aquí el ejemplo lo tenemos en la Comunidad Valenciana, donde, a pesar de la campaña anticorrupción del PP, don Vicente Sanz, destacado militante

del partido que dijo que estaba en política para "forrarse", ya está muy bien colocado en cuanto a cargo. También dijeron hace algo más de un año en las Cortes valencianas que había que hacer un esfuerzo de seriedad y de entendimiento en la cuestión de la lengua, y ya se ha visto en qué ha consistido tal esfuerzo. Al portavoz que lo dijo entonces ya lo han excluido de las listas del partido. Es por todo ello por lo que no puedo creer nada de lo que dice el señor Aznar. —Victor Alegret Miranda. Barcelona.

Gracias por David

Mi hermano David falleció el pasado día 28 después de luchar tres años contra un tumor cerebral. Con el dolor aún de su pérdida, pero con el reconocimiento a las muchas atenciones recibidas. —Pasa a la página siguiente

Cuando hace una semana el griego Athanase Papandropoulos, presidente de la Asociación de Periodistas Europeos, y el presidente de la sección maltesa, Richard Muscat, me hicieron entrega en La Valeta del premio concedido por esa organización, de tantos méritos para la causa de la libertad, sentí que no premiaban a mi persona ni a mi diario, *Gazeta Wyborzka*, sino a toda Polonia por haber sabido llegar a ser libre, por haber recuperado su independencia y, en particular, por haberlo hecho sin violencia, sin revanchismo, sin pardones ni horcas. Fue premiada una Polonia con prensa libre y sin censura, con un pluralismo político floreciente.

Mañana, los polacos iremos a las urnas, por segunda vez desde que reconquistamos la democracia, para elegir al presidente de la República. Para mí se trata de un acontecimiento de singular solemnidad, de algo casi metafísico, porque durante los largos decenios de la dictadura imaginaba un día como éste en el que los ciudadanos elegían a sus gobernantes, un día de festiva confirmación del orden democrático.

Es cierto que los últimos seis años nos han demostrado que la democracia es un sistema lleno de baches, sombras y trampas. Con demasiada frecuencia los demagogos y gritones consiguen imponerse en ella con ayuda de los conformistas. La democracia es asimismo un sistema que premia con afán la mediocridad y suele marginar a las grandes individualidades. Igualmente cierto es que ese acto democrático que son las elecciones suele ser precedido por campañas en las que la mentira y la calumnia aparecen por todas partes. Por último, somos testigos de cómo la democracia se ve cada vez más acompañada por la corrupción. Pese a todo ello, coincido con Winston Churchill en que no hay mejor

sistema que la democracia, y por eso mañana iré a votar. Y también porque pienso que ejerciendo mi derecho aviso al poder que lo estoy controlando.

Daré mi voto al candidato que, a mi modo de ver, representa mucho mejor que los restantes doce rivales los ideales por los que luchó la oposición democrática polaca durante la dictadura. Ese candidato es Jacek Kuron, ante cuya indomabilidad, confirmada por toda su biografía, inclino mi cabeza. Pero también le rindo homenaje por ser el gran maestro del diálogo, la negociación y el compromiso, siempre en el marco de la legalidad.

Kuron fue intrépido defensor de la soberanía e independencia de Polonia, de la democracia parlamentaria y del Estado de derecho, de la economía de mercado y de los desamparados y desempleados. Al votar por él sé que habré contribuido con mi papeleta al surgimiento de una Polonia en la que la rectitud y la honestidad serán normas inviolables en la vida pública, en la que los políticos tendrán que tener las manos limpias porque la corrupción no será tolerada, en la que imperarán el diálogo y la tolerancia y la Iglesia católica dispondrá de un digno puesto en la vida del país. Sé que entregando mi voto a Kuron se lo daré a un político que no estropeará la democracia polaca debilitando sus instituciones, generando camarillas, premiando el servilismo o desencadenando constantes guerras políticas.

Soy consciente de que ningún presidente, por bueno que sea,

podrá hacer milagros, pero sé también que en Polonia el milagro ya se hizo, porque el país recuperó la independencia y la soberanía y avanza por el mejor camino económico. Los polacos vivimos cada vez mejor y nos sentimos cada vez más seguros.

Hace cinco años las anteriores elecciones presidenciales se celebraron bajo el signo del apocalipsis. Lech Walesa y su rival, el empresario polaco-peruano Stanislaw Tyminski, anunciaban una catástrofe inmediata y prometían el oro y el moro. La campaña electoral que precedió la votación fue brutal, saturada de populismo, xenofobia y odio. Hombres como Tadeusz Mazowiecki, que tanto hizo por Polonia, fueron enfangados de los pies a la cabeza por las calumnias más soeces. La posibilidad de que triunfara Tyminski hizo que muchos, por temor, aunque con disgusto, diesen su voto a Walesa. Y aunque de él también se podía decir que era un demagogo y un milagrero, tenía al menos las virtudes de defender con decisión la economía de mercado y la integración de Polonia en las estructuras occidentales. Ahora bien, eso no significa ni significó que sea el hombre adecuado para la jefatura del Estado, porque siempre ha sido imprevisible, irresponsable, imposible de reformar e incompetente. Evidentemente, Polonia necesita otro presidente.

Walesa presintió que su liderazgo iba a ser cuestionado, porque su estilo como presidente no gustó a los polacos. Por eso hoy ya no habla como antes de "im-

poner el orden a hachazos", ya no promete que "a los ricachones les dejaré sólo los calcetines". Su lenguaje es más normal, y eso es bueno. Pero si lo ha hecho, si ahora ha optado por un duro lenguaje anticomunista y se presenta como el hijo más fiel de la Iglesia y el mejor defensor de las tradiciones nacionales, es porque necesita conseguir los votos de ciudadanos contentos con las transformaciones habidas en Polonia, de los ciudadanos que no quieren más terremotos políticos. Los conflictos en el seno del movimiento Solidaridad, que lo desintegraron, son, sin duda, una de las causas del avance de los ex comunistas, que ya ganaron en 1993 las elecciones parlamentarias y ahora pueden ganar también las presidenciales. Su líder y candidato a la jefatura del Estado, Aleksander Kwasniewski, es un joven político de gran talento, inteligente, flexible y moderno. Es también un hombre bien parecido, cosa que tiene su importancia cuando hay que elegir al representante de la nación ante otros pueblos. Paradójicamente, Kwasniewski agrupa en torno suyo a gente satisfecha con las transformaciones habidas y temerosa ante los conflictos políticos, gente que quiere vivir en un país tranquilo y normal. Para esa gente la reelección de Walesa sería una gran amenaza, porque teme la limitación de sus derechos. Pero igualmente para los anticomunistas la elección de Kwasniewski sería amenazadora, porque temen la *recomunistización* del país, con todas sus consecuencias negativas.

En la Polonia de hoy unos y otros temores carecen de fundamento. Lo que realmente amenaza a Polonia es una guerra fría civil que podría bloquear el avance de las reformas.

La gran paradoja del momento consiste en que, aquellos que temen que la victoria presidencial de los ex comunistas, que ya tienen en sus manos el Gobierno y la mayoría parlamentaria, les daría también la oportunidad de hacerse con el control del Banco Central, del Tribunal Supremo, de la televisión pública y de los servicios especiales, aumentarán las posibilidades de triunfo otorgando su voto en la primera vuelta a Lech Walesa. De la misma manera los que temen la victoria de Walesa y sus ataques destructivos contra las instituciones democráticas aumentarán sus posibilidades de triunfo votando en la primera vuelta a Aleksander Kwasniewski. Ello se debe a que Kwasniewski y Walesa tienen las mayores probabilidades de triunfar si tienen al otro como único contrincante. Yo rechazo ese enfrentamiento, rechazo la visión de una Polonia nuevamente dividida, rechazo la lógica de una guerra fría civil. Sencillamente, no quiero tener que elegir entre la Polonia del negro de las sotanas y la Polonia del rojo de los ex comunistas.

Para muchos como yo la solución es Jacek Kuron, el candidato del "centro sensato".

Tanto Kwasniewski como Walesa son políticos y personas dignos de respeto, pero sé que votando a uno de ellos optaría, por fuerza, por la Polonia de los conflictos, mientras que lo que necesita el país es la continuación sosegada y firme de las reformas, cosa imposible sin la calma social.

Adam Michnik es editor del periódico polaco *Gazeta Wyborzka*.

Viene de la página anterior

la izquierda supo luchar por sus grandes reivindicaciones conectando con el sentir ampliamente mayoritario de la población.

Esta es una expresión concreta de lo que he dicho sobre la orientación de las actuales discusiones o informaciones en torno a la transición. Hay otras, no menos decisivas, como por ejemplo, la de la herencia de los aparatos

La transición, la izquierda y la Corona

del franquismo. Ya sé que hoy es difícil insistir en esto porque estamos presos de una actualidad que nos engulle y cuando uno

saca el tema enseguida saltan los que dicen: "Ya tenemos a éste hablando de las herencias del pasado para justificar los líos del presente". Pero la verdad es que no se puede hacer política en serio en nuestro país sin entrar a fondo en este problema. Un mínimo de sentido común nos debería llevar a todos a un debate sereno sobre lo que de verdad se ha hecho y lo que no y sobre el porqué de todo

ello. Del mismo modo que hay que polemizar contra las versiones unilaterales de la transición, pensadas más en función del presente que de la explicación real de lo que ocurrió, también hay que combatir la tendencia a utilizar las contradicciones o los problemas mal resueltos del pasado como armas arrojadas en las batallas político-electorales del presente. Si no somos rigurosos

en el análisis y en la explicación, algunos fantasmas del pasado reaparecerán y los ciudadanos y las ciudadanas no sabrán distinguir entre ellos y los demócratas. Y cuando esto ocurra, la transición recibirá un duro golpe, porque perderá credibilidad y no se entenderá su sentido.

Jordi Solé Tura es diputado del PSC-PSOE.

CARTAS AL DIRECTOR

Viene de la página anterior

das, quiero dar las gracias en su nombre al servicio de oncología radioterápica de la clínica Puerta de Hierro de Madrid y en especial al doctor Núñez, tan apenado o más que la propia familia por su muerte. Estoy convencido de que David habría escrito lo mismo si viviera, y si no lo hizo fue porque un paciente terminal también se aferra a la vida, no acepta su situación y tiene esperanzas. Y mi hermano las tenía, aunque su enfermedad fuera irremediable, porque confiaba en el equipo que le atendía de forma entrañable y con unos métodos paliativos que son imprescindibles. Sólo reclamaba atención y la tuvo completamente. Ante lo irreversible de la muerte siempre es hermoso vivir para poder contar comportamientos así. **Francisco Suárez Zapico.** Madrid.

El retorno de Bussi

En Argentina, el fascismo se las ha ingeniado para retornar por la ventana de la democracia. En julio de este año, una parte importante del voto popular consagró gobernador de la provincia de Tucumán al general (RE) Antonio Bussi, jefe de la represión militar en el norte argentino entre 1975 y 1977.

El domingo pasado, el ex dictador estrenó su nuevo cargo reprimiendo una movilización que protestaba contra su asunción. Hubo, a la vieja usanza, perros, palos y gases lacrimógenos. Seis personas, en-

tre estudiantes y dirigentes de organismos de derechos humanos, fueron detenidas. Al llegar la madrugada fueron puestas en libertad gracias a la mediación del abogado Juan Robles, ex diputado de la Unión Cívica Radical (UCR).

Bussi ya había desempeñado como gobernador de facto en Tucumán durante la dictadura de Videla. Con el retorno de la democracia se abrieron más de 630 causas judiciales en su contra. Las acusaciones incluían desapariciones, torturas y asesinatos. Pese al contundente prontuario, fue exonerado por las leyes de Obediencia Debida y Punto Final.

El pasado 19 de junio cientos de ciudadanos y los organismos de derechos humanos de Tucumán sometieron a Bussi a un tribunal ético. Allí, el gendarme Omar Eduardo Torres le acusó

de haber dado el primer disparo en diversos fusilamientos, en los que se ejecutaba a 15 o 20 prisioneros cada quincena en el arsenal Miguel de Azcuénaga. Tal tribunal terminó solicitando para el inculcado la *excomunicación* y que fuese declarado *persona no grata* en toda ciudad que visite.

Envalentonado por la impunidad y por el descrédito de los partidos tradicionales, decidió *convertirse* al sistema democrático y fundó su propio partido, Fuerza Republicana. Sin embargo, el inicio de su actual gestión no despierta más que sombras. Los planes de ajuste que se anuncian, sumados a la creciente miseria, hacen temer nuevas cruzadas policiales para calmar las protestas. — **Gerardo Pisarello y Fernando Rovetta.** Asociación Argentina Pro Derechos Humanos. Madrid.

Fe de errores

En el anuncio de contenidos de *El País Semanal*, publicado ayer en EL PAÍS, se hacía mención a la entrevista de Joaquín Vidal al torero Fran Rivera Ordóñez cambiando el nombre de éste por el del fallecido Francisco Fernández Ordóñez.

Alexander Kwasniewski, candidato a las elecciones presidenciales de Polonia, es un dirigente socialdemócrata (también se le denomina pos o ex comunista), y no anticomunista como se decía en el pie de foto publicado el 2 de noviembre en la página 6 de Internacional.